

ALEJANDRO PÉREZ LUGÍN Y SUS LIBROS TAURINOS

Julia María Labrador Ben*



BIOGRAFÍA¹:



Alejandro Pérez Lugín nació el 22 de febrero de 1870 en Madrid, donde pasó su infancia y parte de su adolescencia. Era hijo de Antonio Pérez Serrano, natural de Cabra (Córdoba), y de María Josefa del Carmen García Lugín y Castro, natural de Santa María del Camino (Santiago de Compostela)². En 1883 se trasladó con su familia a Santiago de Compostela, en cuya Universidad de Santiago estudió la carrera de Derecho y alcanzó la Licenciatura en 1891. Esa etapa fue decisiva para su posterior actividad tanto periodística como literaria. Dos años después regresó a Madrid para ejercer la carrera de Derecho, aunque apenas la desarrolló, eso sí actuó una vez en el Supremo. Tras desempeñar ocupaciones burocráticas para el Estado, fue representante de una empresa de explosivos, trabajo que propiciaría que conociera en Valencia a Elvira Consuelo Sanz y Gómez, su futura esposa.

* Universidad Complutense de Madrid.

¹ Para ampliar estos datos, véanse los siguientes estudios: (Barreiro, 1945: 5-17; 1947); (Entrambasaguas, 1959: 1-52); (Lagarma, 1977: 57-61) y (Labrador, 1999: 89-118).

² Pueden completarse estos datos familiares consultando (Nieto, 1982) y (Camaño, 1967: 17 y 24-25).

Mientras se dedicaba a esos empleos más o menos prosaicos descubrió su auténtica vocación: el periodismo. Durante sus primeros años desarrolló su actividad en diarios como *El Mundo*, *La Mañana* y *España Nueva*, en los que publicaría crónicas y artículos taurinos que firmaría con varios seudónimos: *Don Benigno*, *Don Pío* y *Farruquiño Penelas*, junto a otras colaboraciones muy variadas. Todo este proceso de aprendizaje primero y de consolidación periodística después tuvo su culminación cuando ingresó en febrero de 1912 como miembro cofundador en *La Tribuna*, diario en el que obtuvo un amplio reconocimiento popular que en poco tiempo le hizo famoso. Desde entonces alcanzaría brillantes éxitos con el resto de sus colaboraciones, entre las que, por supuesto, se incluían abundantes crónicas taurinas.

Tras sus éxitos periodísticos decidió probar fortuna en la novela con la publicación de *La Casa de la Troya* (1915), galardonada con el premio Fastenrath de la Real Academia Española, y *Currito de la Cruz* (1921), ambas grandes éxitos. Esta obra de tema taurino es un magnífico ejemplo de cómo la literatura estaba presente de manera fundamental en la prensa de ese momento, pues comenzó a publicarse por entregas en el diario católico *El Debate* antes de editarse en forma de libro, cosa que ocurriría poco después³.

Pérez Lugín, hombre inquieto donde los haya, no se conformó solamente con el periodismo y la literatura. Se sintió tan atraído por el cine que realizó una serie de documentales sobre la guerra de Marruecos a comienzos de los años 20. Después dirigió la filmación de sus dos primeras novelas, labor que le apartó parcialmente del periodismo y la literatura. Cuando murió dejó dos novelas inacabadas, que gracias a los desvelos de su

³ El folletón de *Currito de la Cruz* apareció en *El Debate* entre el 26 de junio de 1921 y el 4 de diciembre de 1921. Como era una primicia le pagaron quince mil pesetas.

viuda fueron ordenadas y continuadas por otros dos escritores: *Arminda Moscoso* (1928), reorganizada por Alfredo García Ramos, y *La Virgen del Rocío ya entró en Triana* (1929), completada por José Andrés Vázquez.

El rodaje de *Currito de la Cruz* fue una tarea tan desmedida, dura y agotadora que dañó grave e irremediamente su salud. El 5 de septiembre de 1926, en su casa de “El Burgo” en La Coruña, rodeado de sus familiares, de su médico de cabecera y de algunos amigos íntimos, entre los que se encontraba Alejandro Barreiro, murió de un ataque de *uremia*⁴ El ayuntamiento de La Coruña se encargó oficialmente de organizar su entierro, muy fastuoso y concurrido, en el cementerio municipal de San Amaro.

Unos meses antes de su muerte había sido nombrado *Hijo Adoptivo* de dos ciudades por las que sentía un gran cariño: Santiago de Compostela y Sevilla. Madrileño de nacimiento, tuvo siempre su corazón dividido entre Galicia y Andalucía. Dejó un discreto legado a la Asociación de la Prensa de La Coruña para que creara el premio de periodismo “Pérez Lugín”, que sigue concediéndose en la actualidad.

SU OBRA TAURINA

Podemos dividir la creación taurina de Alejandro Pérez Lugín en tres grandes bloques: sus artículos en prensa⁵, algunos de ellos recogidos posteriormente en varios de sus libros de carácter misceláneo (*Notas de un repórter I y II*) y casi siempre

⁴ Es bastante probable que el entonces denominado *ataque de uremia* fuera en realidad un fracaso renal agudo.

⁵ Entre otras publicaciones periódicas, sus colaboraciones taurinas aparecieron en los siguientes diarios y revistas: *Arte taurino*, *El Mundo*, *España Nueva*, *La Mañana*, *Nuevo Mundo*, *La Tribuna*, *El Liberal*, *El Liberal* (Bilbao), *Heraldo de Madrid*, *La Libertad* y *La Voz de Galicia*.

firmados con el seudónimo de *Don Pío*; su novela taurina *Currito de la Cruz*, adaptada posteriormente al teatro por Manuel Linares Rivas, e incluso al cine, tanto por el propio Lugin como por otros tres directores más; y sus libros de tema exclusivamente taurino (*El torero artista y ¡¡¡Ki ki ri kí!!!*), junto con algunas colaboraciones menores en libros taurinos firmados por otros autores. En este artículo nos vamos a ocupar sólo de estos últimos.

EL TORERO ARTISTA (1911)

En 1911 Alejandro Pérez Lugin publica su primer libro bajo el seudónimo de *Don Pío*; se titula *El torero artista. Rafael Gómez ("Gallito") (Apuntes para la historia)*, y es a la vez el primero de sus libros recopilatorios y ensayísticos y también el primero de los taurinos; fue editado en Madrid por Biblioteca Renacimiento (*Don Pío*: 1911). No volvió a reeditarse individualmente, pero sí se incluyó en sus *Obras completas* (Pérez Lugin, 1945:1400-1481); (*ibidem*, 1953²:1402-1483). Hay que señalar que se trata de un libro recopilatorio cuyos contenidos habían sido previamente publicados en prensa en forma de artículos.

En la portada externa de la edición original vemos un dibujo en el que supuestamente *el Gallo* acaba de dar al toro un ayudado por alto. Como título aparece *El libro de "Gallito"* y en la parte inferior se indica lo siguiente: «Con unos juicios a manera de prólogo de *Guerrita*». En el lomo aparece el mismo título que en la portada externa y debajo el precio del volumen, 3'50 pesetas. En la contraportada externa se hace publicidad de la colección, se incluyen dos volúmenes como publicados: *Intimidades taurinas y el arte de torear, de Ricardo Torres (Bombita)* y el propio libro de Lugin, y a continuación se indica que se encuentra en prensa un tercer volumen: *El toreo de la*

emoción, por Rafael González (Machaquito).

El libro está ilustrado con diecisiete láminas encartadas fuera de texto, que son o bien instantáneas taurinas, o bien fotografías de Rafael el Gallo, de su familia o de su esposa, Pastora Imperio; sólo hay una excepción, la primera lámina, una reproducción fotográfica de una carta autógrafa de *Gallito* dirigida precisamente a Alejandro Pérez Lugín. Plagada de faltas ortográficas y carente de datación, se plantea como respuesta a una carta previa de Lugín; *Gallito* relata la faena que hizo al toro Lebrijano lidiado en Sevilla el segundo día de la Feria de Abril y brindado a los señores Díaz de Mendoza, importantes actores teatrales de esa época.

El torero artista lleva la siguiente dedicatoria al gran maestro de la tauromaquia Rafael Guerra, *Guerrita*:

«A Rafael Guerra (*Guerrita*), en recuerdo de tantas tardes de emoción y de entusiasmo» (pág. 5).

Es importante señalar que ya desde el título Lugín toma partido como revistero taurino a favor de la escuela artística del toreo, es decir, la escuela sevillana, representada por el mayor de los dos *Gallos*, Rafael, que vería apeado posteriormente el diminutivo de su apodo (*Gallito*) a favor de su hermano José, trágicamente muerto en Talavera de la Reina, y cuya competencia con Juan Belmonte rendiría algunas de las mejores páginas del toreo.

El libro se estructura en catorce capítulos numerados en romanos precedidos por un exordio a manera de prólogo titulado “*Gallito* juzgado por *Guerrita*” y una introducción. En el primer apartado Lugín aclara que al entregar a sus editores el original le preguntaron dónde estaba el prólogo y su respuesta fue muy clara:

«—Yo había pensado que “*Gallito*” le pidiese a “*Guerrita*” un breve juicio crítico en una carta que hubiésemos publicado autógrafa, a manera de prólogo. En un libro de estos hacen indu-

dablemente, mejor prefación, exordio, preámbulo, isagoge, atrio, pórtico, vestíbulo o zaguán, que de todos estos y otros varios modos se dice ahora, las palabras contundentes de un torero, que las frases divagatorias de un literato» (pág.9).

Lugín, a renglón seguido de esa enumeración reiterativa, realiza otra nueva afirmación aventurada:

«Y si el torero es el mayor de todos los habidos, no digamos» (pág. 9).

Afirmar que *el Guerra* era el mayor de los toreros habidos es sin duda un error presentista, derivado de la costumbre de esa época de ensalzar por encima de todo al torero del que se era partidario, independientemente de que fuera o no el mejor de la historia del toreo, porque si *el Guerra* era el mejor de todos los tiempos ¿dónde se situaría Pedro Romero?

En busca del juicio de Rafael *el Guerra* sobre su tocayo *Gallito*, Lugín se monta en el tren en dirección a Córdoba y llega al cortijo llamado “Cuevas Bajas”, donde *el Guerra* recibe amablemente a nuestro autor y delante de unas copas de Oloroso y Montilla inician la charla de toros, aunque sería más exacto calificarla como soliloquio, pues Guerra es el único que habla. Repasa primero lo mejor de sus compañeros de profesión: las estocadas de *Machaquito*, los volapiés de Luis Mazzantini, los lances de Fuentes, del que Guerra había dicho «detrás de mí nadie y detrás de nadie Fuentes», y el toreo alegre de *Bombita*; y después habla de dos predecesores: *Lagartijo* y el padre de los *Gallo*, sus dos maestros, y en concreto de sus *largas*, lance que heredó y mejoró Rafael el Gallo, o al menos así lo afirma Rafael Duyos en su famoso y repetido poema “La Chata en los toros”:

«Cuando Rafael el Gallo,
tras su clásica espantada
se adorna por bulerías

con la larga afarolada».

El lance lo daba el padre de los *Gallos* en puntillas y *Lagartijo* sobre los talones. Lo importante para Lugín era conocer el juicio que *Guerrita* tenía sobre *Gallito*, aunque pensaba que no sería fácil de conseguir, pues era hombre de pocas palabras, así que diseña una estrategia en combinación con su compañero Domínguez, que asiste también a la entrevista, para que en determinado momento éste deje caer la siguiente pregunta:

«—¿Y de “Gallito”, qué te parece?» (pág. 14).

La respuesta de Guerra es taxativa:

«—Que es un artista.

Así: “*Que-es-un-ar-tis-ta.*”» (pág. 14).

Aunque le pone un pero:

«¡Lástima que sea a veces tan medroso!» (pág. 15).

Y continúa:

«Ponga usted que es un artista de lo poco que he visto. Un torero que, como salgan los toros que él se confíe, hay que quitarse el sombrero. [...] Con los demás ya sabes lo que vas a ver. Los ves marchar hacia el toro y cantas el golpe. “Gallito”, no: con “Gallito” hay siempre la sorpresa de lo inesperado. [...] Es un torero que inventa, y si hace lo que otros lo hace con más gracia» (págs. 15-16).

Nos habla luego de la excepcional capacidad de Rafael como banderillero y de su arte con la muleta:

«Yo le he visto este año, en Écija, poner un par a un Saltillo, que es el mejor que he visto en mi vida. [...] Toreando de muleta, es imposible que nadie dé esos pases tan variados, que el público no espera... En quites y con la muleta compite con todos los que

hay y los que ha habido» (págs. 16-17).

Y disculpa sus fallos con la espada:

«—Como matador, ya no se puede hablar de él tan bien». (pág. 147).

Entonces la señora de Guerra hace su irrupción en el comedor y acto seguido llegan sus hijas y la chiquillería (Guerra tenía nueve hijos y diez nietos) para comer, con lo cual el tema de conversación deriva hacia cuestiones referidas al anfitrión hasta acabar hablando de su despedida taurina. Cuando arrancó el coche que iba a llevarles de vuelta a Córdoba Lugín gritó puesto en pie:

«—¡Viva Córdoba! ¡Viva *Guerrita!*!» (pág. 21).

Sigue a este prolegómeno la “Introducción”, que al igual que el anterior y los capítulos posteriores va precedida por un pequeño resumen del contenido en forma de frases cortas, debidas a su origen periodístico. Lo reproducimos a modo de ejemplo:

«Dios nos ampare.— La tirilla y el léxico.— Ni del “Gallo” ni de nadie.— El libro de “Bombita”, el de “Machaquito” y éste.— Lo toreros y sus Memorias íntimas.— Profesión de fe.— Cómo se ha hecho este libro.— “Currito”, Ángel Pastor, yo y los que vengan detrás» (pág. 25).

Lugín incluye al comienzo unos *versitos* (un romance) muy peculiares que volverá a repetir dentro del texto de la introducción para justificar la escritura de este libro:

«Escribo porque es mi gusto,
y en mi gusto nadie manda.
Escribo porque me da
la repajolera gana» (págs. 25 y 28).

A continuación se encomienda al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo y pide que Dios le coja confesado, pues sabe de antemano que le van a llover todo tipo de lindezas por su atrevimiento al escribir unas páginas sobre *el Gallo*, y dedicará el resto de la introducción a explicar sus intenciones:

«Éste no es un libro de alabanzas, sino de justicia. No es un himno al *Gallo*, sino unos apuntes para el estudio de esta figura interesante, en los que se cuenta todo: lo bueno y lo malo» (pág. 27).

Y también las razones para escribirlo:

«La primera de orden completamente económico, la de los billetes que por ello me ha dado la *Biblioteca Renacimiento*» (pág. 27).

La razón del encargo por parte de la citada Biblioteca Renacimiento fue su intención de dedicar algunos tomos a figuras y asuntos taurinos de interés, encargándoselos a diferentes especialistas: a Ródenas, el libro sobre *Bombita*⁶, y a *Claridades*, el de *Machaquito*⁷. Así que Lugín eligió el del *Gallo*, torero por el que estaba extraordinariamente interesado; y aunque nos haya dicho que va a hacer gala de objetividad, es obvio que el libro está repleto de disculpas por las actuaciones en las que *el Gallo* no quedó ni mucho menos como debía:

«¿Que *el Gallo* tiene tardes malas? ¡A ver, la fortuna de Rotschild para el valiente que me nombre un torero que no esté en igual caso!» (pág. 29).

Al final de esta introducción Lugín explica cómo realizó

⁶ Álvarez Ródenas, Manuel (1910): *Intimidades taurinas y El arte de torear de Ricardo Torres "Bombita"*, prólogo de Felipe Trigo, Madrid, Biblioteca Renacimiento.

⁷ Gillis, Fernando (1912): *"Claridades": El torero de la emoción*. Madrid, Biblioteca Renacimiento.

los reportajes: buscaba las noticias en las fuentes más puras y después de comprobar su veracidad se decidía a reproducirlas; utilizó tanto testimonios directos que procedían de sus entrevistas con el torero, como informaciones indirectas que aparecían en los periódicos o que le proporcionaban personas que lo conocían. De ahí que defina esta obra como el libro «de un repórter» (pág. 31). Aunque declara que quiere ser imparcial, también dice que ha escrito «un libro de “pasión” (pág. 31), con juicios y opiniones, porque “sin pasión ni bandos no habría fiesta» (pág. 31). Además declara que no tiene intención de molestar a nadie ni de quemar incienso en ningún altar. Concluye con una anécdota de *Currito* y Ángel Pastor. El *Curro* estuvo horroroso en su primero y cosechó una bronca fenomenal. Su compañero de terna al llegar a concluir la faena le espetó:

«—Mal empieza esto, señor *Curro*.

—Pa ti, bien.

—¿Por qué?

—Porque ya te los he dejao roncós» (pág. 32).

Y Lugin apostilla:

«A eso vengo yo. A dejarlos roncós a ustedes» (pág. 32).

En el resto del libro, es decir, en los catorce capítulos numerados en romanos anteriormente mencionados, se resume primero brevemente la historia familiar de Rafael, para entrar después de lleno en la descripción apasionada de su vida: el largo camino hasta el éxito, sus fracasos, las cogidas más importantes, sus relaciones amorosas, los enfrentamientos con los otros toreros y su personalidad. Escrito en un estilo ameno y ágil que recuerda al de sus artículos, introduce el uso del diálogo para hacer más dinámica la narración, y en la línea de su anunciada imparcialidad, reproduce literalmente algunas entrevistas.

La datación exacta de la obra la encontramos en la última página y en gallego, idioma que utilizaba con gran frecuencia en sus crónicas y artículos taurinos, característica peculiar y exclusiva de Lugín, pero que aquí, sorprendentemente, no emplea en ningún momento⁸:

«Tatín (n'as Mariñas de Betanzos), outono 1910» (pág. 187).

En este libro Alejandro Pérez Lugín ha utilizado su estilo ágil de periodista, de cronista, articulista y revistero taurino, y su enorme conocimiento de la Fiesta y de los toreros. Ha empleado un lenguaje muy depurado, perfectamente comprensible para un profano en la materia a pesar de la abundante jerga taurina utilizada. Hombre profundamente religioso, utiliza en múltiples ocasiones expresiones metafóricas tomadas del Evangelio, algo que se convertirá en característica recurrente de sus textos taurinos, junto con el uso de expresiones latinas, que también abundan en este libro y que no son extrañas a un jurisconsulto.

En el primer capítulo, “Historia. El héroe y su gente”, se realiza un rápido panorama de la familia de *Gallito*, magnífico ejemplo de la endogamia existente en el mundo de los toros. Su madre, la *Señá Grabiela*, estaba emparentada con un gran número de toreros subalternos, pero la realmente importante era la ascendencia paterna, de mayor fuste:

«Pues por la línea paterna es sobrino carnal del verdadero “Gallito”, José Gómez, banderillero de “Lagartijo” durante dieciocho años, y es todavía pariente más cercano del otro “Gallo”, el señor Fernando Gómez, un Don Nadie a quien se le ha rendido en la misma plaza de toros un homenaje de admiración como jamás se atribuyó a ningún torero».

El comienzo del siguiente capítulo, “Los primeros pasos”,

⁸ Su expresión más famosa y personal era el grito: ¡¡¡Ey, Carballeira!!!

es doblemente significativo, ya que Lugín compara a *Gallito* nada más y nada menos que con el gran maestro del modernismo literario:

«“Gallito”, con permiso de ustedes, es el Rubén Darío del toreo. Como el ilustre hijo de ... el nicaragüense sol de encendidos oros, Rafael se eleva unas veces a las altas y poco accesibles cumbres de la sublimidad y cae otras en las profundas simas de lo feo; como Rubén Darío, ha inventado nuevas formas, metros nuevos, que al pronto han repelido los espíritus vulgares, pero que luego se han impuesto con toda la soberanía de su poder de belleza».

Es obligado resaltar la importancia del párrafo en lo que a Rubén Darío se refiere por muchas razones, en especial si pensamos el momento histórico en el que fue escrito y la polémica existente sobre el modernismo, auténtica bestia negra de la literatura convencional de esa época. Recordemos que Emilio Carrere, autor de la primera antología modernista, *La corte de los poetas*, nos señala en muchos de sus textos que para los escritores reaccionarios el término modernista era esgrimido como un insulto. Dice mucho a favor de Lugín, al que reiteradamente se ha tildado de tradicional, que valorara el movimiento modernista en sus justos términos.

La primera corrida de Rafael tuvo lugar en la plaza de Matute, cuando el diestro tenía tan sólo cuatro años. Después fue enviado a estudiar, aunque su afición a torear de salón continúa en los recreos, y a los nueve años se examina de *ingreso* toreado una becerrada en el tentadero de Pérez de la Concha en la que estuvo bastante miedoso. Cuando ya a los trece años su padre preguntó a Rafael y a Fernando qué querían ser y ellos le respondieron que toreros, construyeron una placita en Gelves, donde

practicaron con becerros. A ellos se uniría su hermano pequeño *Joselito*. En la misma plaza toreó también Fernando padre. En 1897, pocos años antes de la muerte de este último, Rafael le acompañó al tentadero de Pablo Romero. Esa vez Rafael el Gallo estuvo bien y su padre dijo a su madre con orgullo:

«—Gabriela, ya me muero tranquilo, porque te dejo un torero, que mientras pueda tener un capote de seda en la mano no os faltará de comer».

Lugín concluye este capítulo señalando que para cualquier torero que se precie lo importante es el éxito materializado no en dinero sino en gritos, aplausos, olés y aclamaciones. Al igual que al principio, recurre a Ruben Darío, aunque esta vez reproduce un verso de “Marcha triunfal” sin indicación de procedencia:

«¡Clarines; ¡Laureles!»

En el tercer capítulo, “De corazón a corazón”, se explica cómo se formó la famosa cuadrilla de niños sevillanos, pilotada por *Gallito* y *Revertito*, quienes harían su primera presentación en público en la plaza de Valencia con bastante éxito. De aquí surgió una trayectoria continuada que interrumpiría momentáneamente el fallecimiento del padre de Rafael. Además, Lugín va a intercalar una digresión sobre las relaciones entre *Gallo* y *Guerrita*, largo tiempo peleados.

Los tres Rafaeles del título del capítulo cuarto, “Rafael, Rafael y Rafael”, no se refieren exclusivamente al *Gallo*, sino a un segundo Rafael, *Machaquito*, natural de Córdoba, que acompañaría a Rafael a lo largo de toda su andadura taurina, y al *chico de Juan*, *Lagartijo II*. Recordemos una vez más el ya citado poema de Rafael Duyos en el que la Chata va a ver una corrida de toros a la plaza de Madrid con un cartel de lujo en el que se incluyen los dos primeros:

«Pastor, Machaco y el Gallo,
un trío de rompe y rasga.
La Almudena, la Mezquita
y un poquito de Giralda,
que aunque *el Gallo* es madrileño,
tiene andaluza la savia».

Rafael el Gallo, con quince años cumplidos y convertido ya en cabeza de familia, ve como un año más tarde el dúo de niños sevillanos que formó con *Revertito* se rompe. Entonces va a Madrid y a propuesta de Antonio de Dios, *Conejito*, pide a Rafael *Machaquito*, que por aquel entonces no era nadie, formar pareja con él. Tras una serie de vicisitudes que impiden su unión, coinciden en una memorable corrida en Valladolid junto al chico de Juan, *Lagartijo II*, el tercer Rafael al que hacía referencia el título. Los tres Rafaeles torearon juntos todo un año hasta que los cordobeses se separaron para formar su famosa cuadrilla.

Se inicia así lo que Lugín denomina en el siguiente capítulo quinto “Caminito de flores”, que no lo sería tanto, pues estuvo lleno de vicisitudes. Rafael triunfa en Sevilla y da comienzo la primera de las rivalidades: niños sevillanos frente a niños cordobeses. Ese mismo año y después de la corrida de competencia en Madrid se deshizo la cuadrilla de niños sevillanos. Lugín describe cómo la fama de *Gallito* continuó en alza sobre todo en Andalucía, pese a haber protagonizado una sonada espantada en una corrida de Concha y Sierra en la que Rafael se negó a matar un toro que había brindado al capitán general don Agustín Luque, amigo del autor. Por tal negativa, Rafael, vestido de luces y embozado en su capote de paseo, fue conducido a la cárcel, pero no hay mejor propaganda que un escándalo: las empresas de Cádiz y de Sanlúcar se disputaron contratarle para el domingo siguiente, lo consiguió la primera. En Sevilla toreó *el Gallo* sus dos últimas novilladas, doctorándose el 28 de septiembre de 1902 con toros de Otaolaurruchi y recibiendo muleta y estoque de manos de

Bombita el mayor (Emilio); actuó como testigo el otro *Bombita* (Ricardo). *El Gallo* estuvo bien a secas. Lugín sostiene que aquella época tuvo dos grandes toreros: Mazzantini, el emperador del volapié, y *Guerra*; y a distancia de ellos se situaban Reverte, Fuentes, Emilio el *Bomba*, y todavía a mayor distancia *Quinito*, *Minuto*, *Conejito* y levantando los públicos a la hora de matar el *Algabeño*. Todos ellos rivales con los que tuvo que competir Rafael el Gallo, que tendría su primer percance serio en México frente a reses de Piedras Negras, junto con *Algabeño* y *Chicuelo*. El toro le cogió al cambiar un par, dándole una cornada que le destrozó la boca; como resultado, dos meses de convalecencia y dos dientes de oro. Afortunadamente, su regreso a los ruedos estuvo coronado por el éxito, sobre todo en la corrida del Corpus celebrada en Sevilla con toros de Moreno Santamaría.

El sexto capítulo, “Senda de espinas”, describe tres años desastrosos, 1905, 1906 y 1907, en los que Rafael bajó de las alturas del triunfo y de la gloria al pozo del olvido. El público le volvió la espalda, sus amigos le abandonaron y se vio completamente solo. Incluso pasaría hambre física y tendría que empeñar sus pertenencias, de las que únicamente se salvaron dos trajes de torero.

En cambio, en el capítulo séptimo, “Lázaro resucita”, la suerte deja de ser adversa a *Gallito* a partir de mediados de la temporada de 1907. A principios de septiembre Rafael recibe un telegrama de su apoderado que le ofrece torear en Madrid una corrida de varias ganaderías, cinco toros de Carvajal y uno de Muruve. Contraviniendo los consejos de su amigo Retamar acepta y acierta realizando una faena colosal. Su labor se vio recompensada con dos corridas más en octubre, a partir de las cuales surgirá la competencia entre *Gallito* y *Bombita*—que tantos ríos de tinta hará correr—, la Giralda y la Torre del Oro frente a frente. Tras dejarle dinero a su madre, Rafael marcha a México, donde toreará veintidós corridas, vía Nueva York, ciudad que le

resulta problemática. Tras varias idas y venidas enferma, y ya curado pudo concluir de forma brillante la temporada de 1910.

El capítulo octavo es tan breve que así se señala en el título: “Pequeño capítulo de cogidas”. Haciendo uso de la antítesis, tan frecuente en su estilo taurino, Lugín, tras afirmar que «*Gallito* es un torero que burla a los toros con la muleta y el capote y no se deja coger», nos describe hasta cinco.

En el noveno capítulo, “Homo, hominis”, Lugín describe a *Gallito* como un hombre generoso en contraste con su aparente fama de hombre frío, impenetrable y poco afectuoso. Aunque era hombre de pocos amigos, estimaba muchísimo a su grupo de íntimos, desengañado tal vez de esas amistades que llegan con el éxito y huyen con el fracaso, cosa que a él le había sucedido poco antes, y que el autor resume en los siguientes versos:

«Para aprender a vivir
no hay nada como morir...
y resucitar después».

Después se describen rápidamente sus aficiones, sus amores, y se indica que ni juega, ni bebe alcohol. En resumen, según Lugín Rafael no tenía ningún vicio salvo su profesión, y lo demás eran puras leyendas.

El décimo capítulo, “La *Imperio* y *Gallito*. Ella cuenta sus amores”, está dedicado a las relaciones entre ambos. Todo empezó por una doble fuga, es decir, por la desaparición de los dos. Lugín entrevista a Pastora y ella es quien relata sus relaciones con pintores, escritores y demás artistas: Benavente, los hermanos Álvarez Quintero, Zuloaga, Benlliure, el marajah de Kapurtala, Romero de Torres, Villegas y hasta el obispo de Oviedo se encontraban entre sus amistades. Maestro de la entrevista, Lugín compone una historia excepcional. Pastora conoció al *Gallo* en el Teatro Apolo de Valencia cuando todavía era una chiquilla que bailaba vestida de hombre, con traje corto. *Gallito* apareció por el teatro

en compañía de Fuentes y de *Bombita*, y ella experimentó un flechazo a primera vista. Coincidirán en La Habana y después en México, pero primero ella le rehuye y después él no hará otra cosa que darle achares, flirteando con otras compañeras suyas. Pastora confiesa a Lugín que nunca ha visto torear a Rafael. El capítulo concluye describiendo cómo fue su fuga y su boda, a lo que Lugín añade todas las bendiciones posibles.

El capítulo once es otra entrevista, “*Gallito*, crítico. Entreviú con Rafael. Paseo, primer tercio y banderillas”. Ahora será *Gallito* quien hable y nos dirá cómo entiende el toreo, su juicio sobre los demás toreros y si es necesario innovar la fiesta suprimiendo incluso tercios como el de banderillas, que era la propuesta de *Bombita*, o el ascenso del descabello a suerte principal. *Gallito* no tiene otra ciencia que la del toreo, no sabe nada ni de política, ni de música, ni de literatura, pero se niega en rotundo a dictar reglas generales sobre el arte de la lidia, ya que en los toros, nos aclara Lugín, como en el tresillo, no hay dos jugadas iguales. Aunque se resiste a hablar de su toreo, describe sus lances con el capote, y aclara que no tiene ninguno preferido, y a continuación pasa a hablar de la suerte de varas. Su picador ideal es aquel que sabe torear a caballo, andar con él, ir a los toros, doblar la cintura con el palo sobre los bichos y medir el castigo, vamos, que sea un artista. Cita algunos buenos ejemplos como *Zurito*, *Agujetas*, *Arriero*, *Salsoso*, Manuel Carriles, Moreno y *el Chano*. Los quites hay que medirlos, sólo los necesarios. Las banderillas no hay que suprimirlas, como plantea Ricardo Torres, porque ha sido una suerte toda la vida y no debe suprimirse ninguna. En cuanto a las formas de parear, Rafael se inclina por el cambio y el cuarteo. Y como el *summum* de los banderilleros propone a *Blanquito*.

En el capítulo doce, “El último tercio”, Lugín continúa la entrevista iniciada en el anterior. *El Gallo* explica cómo supera su miedo y aclara que lo fundamental en el toreo es la colocación

y lo más importante la suerte suprema, para la que no todos están capacitados.

En el decimotercer capítulo, “Los otros y los toros”, concluye la entrevista. *El Gallo* habla de los grandes toreros a los que ha visto lidiar: los primeros *Lagartijo* y su propio padre, después *Guerrita*, el torero más completo de todos, Antonio Montes, un clásico del toreo de capa, y como gran matador don Luis Mazzantini. De sus coetáneos destaca a *Algabeño*, como gran matador, y a *Machaco* y Pastor. Concluye su relación de diestros con Fuentes, torero corto pero muy clásico, y extraordinario banderillero. Ante la pregunta de qué toros prefiere responde:

«—Todos. El torero debe torear todo lo que le echen, siendo de casta, claro está; lo mismo Muruves que Aleas, Saltillos y Peláez, Martínez, Miuras y Félix Gómez, Villagodios, Conchas, Carreros, ersétera, ersétera. [...]

Como matador de toros, mi obligación es matarlos todos».

Finalmente, el libro acaba con el decimocuarto capítulo, “El artista”. Lugín comienza con una comparación: lo mismo que hay mujeres bonitas y mujeres graciosas, hay toreo bonito y toreo gracioso. Las primeras deslumbran a primera vista, y las segundas cautivan más. E incluso la naturaleza puede ser doble, de ahí que *Gallito* en el toreo sea como una mujer muy bonita y muy graciosa. Lugín lo describe así:

«No es torero bullidor, de colorines, ni de alegrías..., pero es el más alegre de todos».

De él diría Fuentes:

«*El toreo de “Gallito” es la estética del arte*».

Cerca del final Lugín va a interpelar al lector:

«—Pero no me vas a negar —te oigo decir, lector recalcitran-te— que “Gallito” es miedoso. ¡Mira que cuando le da por tirar-

se de cabeza al callejón, por romper la barrera con el pecho como dicen los bombistas!...»

Y concluye que, aunque el miedo es real, Rafael Gómez Ortega es uno de los toreros más valientes que pisan la plaza. No se ha juzgado bien a Rafael. Cuando le da la gana es el amo. El torero artista:

«Tenía que triunfar y ha triunfado. Le dieron por muerto y vuelve vencedor.

Los áureos sonidos
anuncian el advenimiento
triumfal de la gloria.

Dejando el picacho que guarda sus nidos,
tendiendo sus alas enormes al viento,
los cóndores llegan. Llegó la victoria.

¡Clarines! ¡Laureles!
Se acabó».

Lugín ha descrito la vida de *Gallito* desde su infancia hasta poco antes de la publicación del libro (finales de 1910). Como ya dijimos, aunque declara que quiere ser imparcial, algo casi imposible para cualquier revistero de la época, también dice que ha escrito «un libro de pasión», con juicios y opiniones porque «sin pasión ni bandos no habría fiesta». Por eso, no ha ocultado los fracasos de su ídolo, y lo ha ensalzado en todo momento, pero con medida y sin ningún tipo de recurso prosopopéyico, a diferencia del resto de sus alabanzas en prensa. Tal vez se deba a que lo escrito, escrito queda cuando se hace en forma de libro, mientras que las crónicas diarias acabarán enseguida olvidadas bajo el polvo de las hemerotecas.

¡¡¡KI KI RI KÍ!!! *LOS GALLOS, SUS RIVALES Y SU PRENSA* (1914)

En 1914 Alejandro Pérez Lugín publica su segundo libro taurino y tercero misceláneo, firmado esta vez únicamente con su seudónimo *Don Pío*: ¡¡¡Ki ki ri kí!!! *Los “Gallos”, sus rivales y “su” prensa*. Fue editado por la Librería de la Viuda de Pueyo e impreso en la Imprenta La Editora de la calle San Bernardo 19 y 21 de Madrid (*Don Pío*, 1914). El libro no volvió a reeditarse individualmente, pero sí se incluyó en las *Obras completas* (Pérez Lugín, 1945: 1482-1619; 1953²: 1484-1622). Ambas ediciones carecen de índice de apartados y capítulos.

La portada externa de la edición original, obra del dibujante Agustín, está impresa en color con predominio del rojo. En ella aparece un toro alzado de manos y de cuerna que acaba de derrotar en la muleta que sujeta Rafael *El Gallo*: se trata del clásico pase por alto dado por el diestro sentado en una silla, que era la forma en la que solía empezar algunas faenas. Obviamente representa el último tercio de una faena (por si hubiera dudas, el toro lleva cuatro banderillas clavadas). Al fondo se ve el público tras las barreras y un burladero. En la composición aparece en el lateral izquierdo y en la parte superior fuera del dibujo taurino un auténtico gallo de corral sobre unos periódicos abiertos y amontonados caóticamente. En cabecera se lee el comienzo del título en rojo, ¡¡¡Ki ki ri kí!!!, en la parte inferior del dibujo aparecen las dos primeras palabras del subtítulo en negro, «*Los Gallos*» (sin comillas), y ya fuera el resto impreso en tono verdoso, «*sus rivales y su prensa*», seguido de un «por» en la misma línea y en la parte inferior el seudónimo de Lugín, «*Don Pío*».

En la portada interna aparece en cabecera el seudónimo de «*Don Pío*», sin ninguna indicación del verdadero nombre del autor, y a continuación y fraccionado en cuatro líneas el título de la obra: «¡¡¡Ki ki ri kí!!! / *Los Gallos*, / *sus rivales* / y *su prensa*». Al pie aparecen los datos de la editorial distribuidos en tres

líneas: «Librería de la Viuda de Pueyo, Abada, 19, Madrid»; y debajo el año de edición: «1914».

En la contraportada externa aparecen tres listados de obras de Alejandro Pérez Lugín: primero las ya publicadas, *De Titta Ruffo a la Fons pasando por Machaquito* (3 pesetas), *El torero artista (El libro de Gallito)* (3'50 pesetas) y *¡¡¡Ki ki ri kí!!!* (3'50 pesetas); a continuación las obras en prensa, *La casa de la Troya (Estudiantina)* y *La corredoira y la rúa*; y al final una obra en preparación, *Las tiples*, cuyo título definitivo no será exactamente ése sino otro mucho más largo: *La Amiga del Rey. Las Tiples. Romanones. La Vicaría... (Notas de un repórter)*. En la parte inferior se indica que las tapas fueron impresas en la Imprenta Helénica, situada en el Pasaje Alhambra 3, de Madrid.

El libro consta de trescientas cuarenta y nueve páginas y carece de ilustraciones. La última página incluye “Algunas erratas”. A continuación y sin numerar aparecen dos páginas publicitarias de la Librería de la Viuda de Pueyo en las que se da una somera relación de otras obras de tema taurino que por su interés transcribimos a continuación⁹:

«“Amarguras” (Antonio Ramírez).— *El mejor torero “El Gallo”*, 0'50 pesetas. Los “Bombas” y los “Gallos”.

“Bachiller González de Rivera” (El) (Juan Guillén Sotelo).— *La torería de hogaño (novela)*, 3'50 pesetas.

“Bachiller González de Rivera” (El) (Juan Guillén Sotelo) y “Recortes” (Bruno del Amo).— *Los toros de bandera*, 2 pesetas.

Blasco Ibáñez (Vicente).— *Sangre y arena (novela)*, 3 pesetas.

“Bombita”.— *Intimidades taurinas y el arte de torear de Ricardo Torres*, “Bombita”, 3'50 pesetas.

Carralero y Burgos (José).— *Los califas de la tauromaquia*:

⁹ Hemos adaptado el uso de la cursiva a la norma bibliográfica actual: la empleamos sólo para indicar los títulos de las obras, y dentro de éstos ofrecemos entre comillas los apodos taurinos que en la relación original eran los únicos que aparecían en cursiva. Ofrecemos los seudónimos entre comillas.

matadores cordobeses. Seguido de una relación de banderilleros y picadores de la misma región, con grabados, 2 pesetas.

“Cinematógrafo taurino”.— *Los hermanos “Gallito” en la temporada de 1912*, 0’50 pesetas.

“Dulzuras” (Manuel Serrano García-Vao) y “Recortes” (Bruno del Amo).— *Las estrellas del toreo*, 3 pesetas.

“El Barquero” (Ángel Caamaño).— *De la torería*, 2’50 pesetas.

Héctor Abreu (Manuel) “Abrego”.— *El espada (novela del toreo)*, 3 pesetas.

Machado (Manuel).— “La fiesta nacional” (poema), 0’75 pesetas.

Maestre (Estanislao).— *El mantón de Manila (novela taurina)*, 2 pesetas.

Millán (Pascual).— *Los toros en Madrid*, 4 pesetas.

Pellico (Ramón), “Fray Victorio”.— *Nociones de tauromaquia para el novel aficionado a las corridas de toros*, 1 peseta.

Peña y Goñi (Antonio).— *Rafael Guerra “Guerrita”*, 4 pesetas.

Ros (Antonio), “El de la grada 5ª”.— *El niño de la trenza lisa*, 0’50 pesetas.

Sánchez de Neira (J.) .— *Los toreros de antaño y los de hogaño*, 2’50 pesetas.

“Un aficionado”.— *Índice taurino. Recopilación histórico biográfica desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*, 4 pesetas.

Vademecum taurino, por la Redacción de *Sol y Sombra*, 3 pesetas.

Zahonero (José).— *La divisa verde (novela taurina)*, 0’75 pesetas».

En la última página (pág. 348), al pie del texto, se data la redacción de la obra en Madrid entre el 25 de junio y el 17 de julio de 1914. El libro se estructura en tres partes que a su vez se subdividen en capítulos de desigual extensión: once en la primera, siete en la segunda y cinco en la tercera. Tanto las partes

como los capítulos llevan título en todos los casos. La primera, “El divino Rafael”, está dedicada a la trayectoria taurina y las pasiones desatadas entre los aficionados de Rafael el Gallo; la segunda, “*Joselito Maravilla*”, es una loa del hermano menor de Rafael el Gallo, José Gómez, *Gallito*, que utilizó este apodo hasta consagrar el diminutivo de su nombre de pila, *Joselito*; y la tercera, “El furor de la impotencia o la casa de Quirós del toreo”, hace referencia en su título al conocido mote heráldico: “Después de Dios, la casa de Quirós”, es decir, significa que los *Gallos* eran la suprema esencia casi divina del toreo; en esta tercera parte, que tiene carácter de colofón y también de despedida, en ella aparece otro personaje del toreo, Juan Belmonte, al que Lugín minusvalora como rival de *Joselito*, de ahí que sea el apartado con menor número de páginas. Hay que destacar que esta vez no nos encontramos ante un libro recopilatorio de artículos publicados previamente en prensa como en el caso de *El libro de Gallito* o de *Notas de un repórter I*, sino que se trata de un libro original. Así nos lo dice el propio Lugín al finalizar el capítulo I de la primera parte, referente a la retirada de *Bombita*, que concluye con la siguiente frase:

«Eso es lo que vamos a ver en este libro» (pág. 1485)¹⁰.

Sorprende que Lugín firmara este libro únicamente con su seudónimo de *Don Pío*. Las razones de tal actitud las indica él mismo en el capítulo antes señalado, en el que aclara que se trata de un libro escrito en defensa de su actuación como revistero taurino, que había tomado parte por Rafael el Gallo en su libro *El torero artista* en un tiempo en el que sólo cabía hablar de *Bombita* y *Machaquito*. Lugín afirma al respecto:

¹⁰ Siempre que citeamos fragmentos del libro *¡¡¡Ki ki ri kí!!! Los “gallos”, sus rivales y “su” prensa* utilizaremos la segunda edición de las *Obras completas* (ver Bibliografía).

«Entonces, una pluma modesta y sincera, la misma que traza estas líneas, se atrevió a salir en defensa de la justicia, a protestar contra la falsedad ambiente y a declarar que el toreo, a un tiempo clásico y romántico, del “Gallo” era superior al de “Bombita”; que entre uno y otro existía la misma diferencia que entre el oro de ley y el *doublé*, entre la obra genial de un artista y la labor mecánica de un artesano» (pág. 1484).

Al igual que en su anterior libro taurino, *Don Pío* compone en ¡¡¡*Ki ki ri kí!!!* una alabanza apasionada de sus toreros favoritos, los *Gallos*: Rafael Gómez (*Gallito*) y José Gómez (*Joselito*), sin descuidar, por supuesto, el apartado dedicado a los rivales, en el que pese a destacar sus fallos se muestra bastante ecuánime, puesto que llegado el caso no duda en mencionar sus virtudes e incluso alabarlos cuando sus faenas le parecen merecedoras de elogio por su gran calidad.

Los títulos de los capítulos son todavía más expresivos e hiperbólicos que los empleados en *El torero artista*, tal vez por su brevedad; en ellos, y también en el interior del texto, abusa del uso de los signos de exclamación (curiosamente en la primera parte comienza utilizando uno en el título del capítulo VI y después va en crescendo hasta llegar a los capítulos IX y XI en los que acumula tres signos seguidos, característica totalmente personal de Lugin y presente en multitud de sus textos taurinos, tanto en los encabezamientos como en el interior del texto). Reproduce, esta vez reducidos a lo esencial, los títulos impresionistas de sus crónicas (probablemente porque el contenido de este libro, salvo uno o dos artículos, no se publicó previamente en prensa). En muchos diálogos (e incluso en el título del capítulo IV de la tercera parte, “Tó seguío, tó seguío”) da entrada al lenguaje popular o al dialecto andaluz, según el caso, con gran maestría, con lo cual dinamiza mucho la redacción de algunos capítulos y se muestra más próximo al lector; e incluso desliza frases y expresiones en galle-

go (la más conocida es «¡¡¡Ey, carballeira!!!»), característica insólita dentro de la crítica taurina que fue exclusiva de Lugín y que, como ya señalamos más arriba, no utilizó en su anterior libro.

Su estilo continúa siendo ameno, sencillo, apasionado y vivo; agiliza la narración con la inclusión de anécdotas, entrevistas a los toreros y uso espontáneo y aparentemente injustificado del diálogo. En resumen, se puede describir este libro como la obra de un apasionado gallista capaz de reconocer tanto las virtudes como los defectos, tanto de sus ídolos taurinos como de sus oponentes: la ecuanimidad preside la obra junto con el elogio desmedido que no injustificado.

La parte primera, “El divino Rafael”, es la de mayor extensión. En el primer capítulo, «Que está antes del segundo», Lugín resume muy rápidamente los últimos tiempos del toreo a principios del siglo XX: *Lagartijo* y *Frascuelo* habían desaparecido tiempo ha, *Mazzantini* y *Guerrita* eran ya *un recuerdo lejano*, y aunque *Fuentes* y *Algabeño* todavía toreaban entraban dentro del concepto de las viejas glorias. La gran esperanza del toreo, *Lagartijo Chico*, había muerto en plena juventud. Tanto el trono de *Lagartijo* como el de *Guerrita* seguían vacantes. Ante tanta desolación sólo dos nombres hacían ruido en el planeta taurino: *Bombita* y *Machaquito*, dos nombres que a *Don Pío* no le decían nada, frente al *Gallo*, en aquel entonces enfermo, caído y olvidado, muy alejado del torero del que propio Lugín hizo un encendido panegírico en su primer volumen taurino *El torero artista*. En este breve y polémico primer capítulo Lugín plantea un auténtico ajuste de cuentas: los que antes se reían de él por defender al *Gallo* y afirmaban que *Bombita* siempre podría con él asisten ahora al triste espectáculo del corte de coleta de Ricardo Torres, tan sólo tres años después de haber anunciado con bombo y platillo en el verano de 1910 que a él únicamente le retirarían los toros o el tiempo, es decir, la ancianidad.

En el segundo capítulo, “Toreo de calle”, Lugín continúa el ataque a *Bombita* que había iniciado al final del anterior. Le dedica expresiones tan duras como las siguientes:

«Carecía de abolengo artístico, y tampoco se traía novedad alguna. Ni sonaba a “Lagartijo”, ni sonaba a “Guerrita”, con los cuales no había modo de compararle. No tenía la elegancia, la plasticidad y la apostura varonil de Fuentes; ni siendo, como era, valiente con la muleta, podía compararse en valentía con el “Espartero” o Reverte. Menos podía serlo con Antonio Montes, que le aventajaba en todo y era menos perfecto y completo que él. Y no hablemos de matar. Nombrar al mismo tiempo que a “Bombita” a Mazzantini, al “Espartero” o Reverte, y aun a su propio hermano Emilio, era proferir una blasfemia (págs.1485-1486). Y a mí, aficionado, me merece “Bombita” la misma fe que un falso profeta a un creyente verdadero.

“Bombita” fue un torero muy listo; tan ágil en la plaza como en la calle; [...] Quitadle a “Bombita” su extraordinario, su estudiado don de gentes, su muleta para el trato social muy superior a la muleta con la que se apoderaba de los toros; quitadle el apoyo que habilidosamente supo buscarse en “Machaquito”, y el inestimable que le prestó ese gran periodista que se firma “Don Modesto”¹¹ y su figura quedará reducida a la mitad» (pág. 1487).

Pero los ataques no paran ahí; después enumerará todos los defectos taurinos de *Bombita*, al que define como el triunfo de la vulgaridad y de lo superficial: lo hace todo menos matar, torea espantado, posición que algunos defienden confundiendo con cargar la suerte.

¹¹ El gran revistero *Don Modesto* fue rival de Lugín en la crónica taurina. No es esta la primera vez que lo menciona, ya había aparecido citado en el primer capítulo de *¡¡Ki ki ri kí!!!*

Y concluye el capítulo con dos afirmaciones demoledoras:

«“Bombita” trata de erigir en canon su sistema de ventaja».
Y «Dios ciega a los que quiere perder» (pág. 1490).

El tercer capítulo, “*Machaquito*, o el corazón”, es una continuación de su plan de historiar la fiesta. En todo momento, Lugín busca siempre la conexión de *Machaquito* con *Bombita*, presente ya desde su párrafo inicial:

«Rafael González, “Machaquito”, fue la antítesis taurina de “Bombita”. Éste era la agilidad y la viveza. “Machaquito” fue la sencillez y el corazón» (pág. 1490).

Hay que destacar la crítica que realiza de la mercantilización de la Fiesta:

«El torero busca hoy en los toros las pesetas, los cortijos y las comodidades de una vida regalona el día que se corte la coleta, [...] ahora que tener ese concepto único del toreo y encima querer pasar plaza de héroe es mucho pretender» (pág. 1493).

En el capítulo IV, “El tapón”, Lugín critica con dureza el arma manejada por los toreros que él denomina *escritura abierta* (definida magníficamente con la frase: «torearé cuando quiera, con quien quiera y como quiera», pág. 1493), una estipulación que dejaba a los empresarios a merced del capricho del torero mediante una cláusula que establecía que el diestro tendría derecho a tomar parte en todas las corridas de toros ordinarias o extraordinarias que organizara la empresa. Por primera vez menciona a Belmonte. Después, el capítulo se alarga extraordinariamente.

En el capítulo siguiente, “El salto del tapón”, explica cómo saltó por los aires el sistema de la *escritura abierta* impuesto por *Bombita*, pese a los enormes apoyos con los que éste contaba: prensa, *Machaquito*, ganaderos. En realidad, el

único problema de *Bombita* era el toro, el negarse a torear un ganado poderoso e incómodo ejemplificado por los Miuras. El auténtico reventador del imperio de *Bombita* fue un empresario de la Plaza de Madrid nacido en Galicia, Mosquera, quien se atrevió a todo: prescindió de *Bombita* y *Machaquito* en los carteles, hartado de sus exigencias dinerarias y de sus caprichos, repartió octavillas explicando las razones de esa decisión, y consiguió que los dos toreros sobre los que basó sus programas de abono, Vicente Pastor y Rafael el Gallo, se convirtieran de repente en sucesores de los monarcas destronados. A continuación *Don Pío* explica el origen de una parte de la ilustración de la portada: un cuadro que Lorenzo Jaume hizo pintar para el propio Alejandro Pérez Lugín tiempo después de estos acontecimientos, cuando el gallismo ya se había consolidado:

«en el que aparece un gallo encaramado a un montón de periódicos, lanzando un triunfal ¡kikirikí! En una esquina del lienzo figuran los nombres de los primeros creyentes en el calvo, de los que tuvimos el valor de proclamar nuestro gallismo y defender el toreo de Rafael en todas partes, cuando el llamarse gallista era motivo de risas y chacotas para el resto de los aficionados» (pág. 1505).

En el capítulo sexto, “¡El Gallo, no!”, Lugín explica que el antigallismo estaba en todas partes: periódicos, mentideros taurinos y hasta en el telégrafo, y sostiene que si no hubiera sido por sacar adelante a su familia «por las circunstancias minuciosamente relatadas en *El libro de Gallito*» (pág. 1508), *el Gallo* habría abandonado la lucha. Este capítulo acaba convirtiéndose en un catálogo de los distintos procedimientos revisteriles anti-gallistas. La animadversión contra *el Gallo* alcanzó al mismísimo *Don Pío*, al que negaron el pan y la sal sus compañeros en la prensa taurina, aplicándole la ley del silencio con frases como la que sigue dirigida a *Don Modesto*:

«—¿Por qué cita usted a *Don Pío*? ¿No comprende usted que es llamar la atención hacia él? No le aluda usted más» (pág. 1513).

Pese al título del capítulo séptimo, “¡¡El Gallo, sí!!”, Lugín sigue insistiendo en la animadversión de la que era víctima Rafael el Gallo, al que no le perdonaban nada y contra el que dirigían invectivas e insultos desde los tendidos nada más aparecer en la plaza. Después relata la humanidad del *Gallo* y su tratamiento caritativo y de buen compañero, pues llevaba en su cuadrilla a banderilleros y picadores que pasaban por unas condiciones económicas lamentables.

En el capítulo octavo, “El Capitolio, la Roca Tarpeya y el Trono de Júpiter”, Lugín narra cómo el empresario Mosquera y *Bombita* firmaron la paz con la aceptación por parte del empresario de que Rafael Torres toreara una corrida benéfica. Después describe una gran faena del *Gallo*: estuvo superior en todos los tercios, al lancear en el primero, en los dos quites de la suerte de varas, al poner banderillas y luego con la muleta con pases que son calificados, utilizando las hipérboles más desmedidas tan frecuentes en el lenguaje taurino, como «estupendazos, enormísimos, maravillosos y sublimes» (pág. 1529), y media en las péndolas que hace rodar al toro sin puntilla. La plaza entera pide la oreja, «que le dan ahora por sufragio universal» (pág. 1529). Las profecías de Lugín se habían cumplido y el ex-bombista *The-Kon-Leche* calificó la faena de helenismo taurino. Pero al triunfo seguiría una tremenda derrota.

El capítulo noveno lleva como título el famoso grito gallego de guerra de Lugín, «¡¡Ey, Carballeira!!!», indispensable dentro de sus crónicas taurinas. En concreto aparece aquí como expresión del triunfo del gallismo, aunque a lo largo del capítulo lo sustituirá por una expresión latina, *quid divinum!*... .

En el siguiente capítulo, “La semana trágica” se indica que el triunfo no sólo no disminuyó la persecución contra *Gallito*,

sino que incluso la arreció. Pero el centro del capítulo es lo que se conoció como *semana trágica*, la corrida de Miura del 17 de mayo de 1912, que supuso un gigantesco fracaso para *Bombita*, que acabó en la enfermería tras ser incapaz de lidiar y mucho menos matar al toro *Gorrioncito*, por más que *el Gallo* le había recomendado despenarlo a la media vuelta. La corrida había ido eliminando a los lidiadores. Vicente Pastor había recibido una cogida en el segundo y había alternado Rafael amagos de espan-tada con extraordinarios pases de pecho. La corrida concluyó con Rafael liquidando a *Gorrioncito* de dos *metidos* que produjeron una cierta indignación. Pero lo importante fue el cambio de actitud del público, que Lugín resume como sigue:

«Ya no hubo bombismo; se acabó el bombismo. De ahora en adelante fue antigallismo. El triunfo del “Gallo” había sido la derrota de muchas infalibilidades de doublé y cartón piedra, y los que se veían obligados, en consecuencia, a callar, declarándose vencidos se resistieron a ello» (pág. 1544).

El capítulo undécimo, “¡¡¡Rafael!!!”, cierra la primera parte, por ello es una loa del *Gallo* en la que Lugín extrema el ditirambo más que de costumbre. Reproducimos algunas frases a modo de ejemplo:

«—Es que Rafael —dice Joselito— cuando se pone a estar bien nos borra a *tós* (pág. 1545).

Rafael Gómez el “Gallo” ha pintado las “Meninas” del toreo (pág. 1551).

El capote y la muleta de Rafael son armonía y majestad, y el “Gallo” toreando tiene toda la belleza, la nobleza, la sencillez, la gracia y la elevación de la estatuaria griega.

Es único.

Es discusión.

Es apasionamiento.

Es ira.

Es entusiasmo.

Es arte.

Es, en fin, asombro.

Es él.

Y, además, un día de buen humor, sus papas le trajeron de París un hermanito que se llama José» (pág. 1552).

Y con esta última afirmación un poco chusca concluye el capítulo y la primera parte enlazando con la segunda, dedicada al más joven de *los Gallos*.

La segunda parte, “*Joselito Maravilla*”, comienza con un capítulo dedicado a los inicios del hermano menor de Rafael el Gallo, “Las primeras letras”, en el que se nos informa de que fue torero desde su más tierna infancia, al principio todavía como un juego. Debutó en la plaza de Jerez de la Frontera a las cuatro de la tarde del día 19 de abril de 1908, domingo de Pascua de Resurrección del toreo.

En el segundo capítulo, “El señor José se estrena”, Lugín dice que al principio *Joselito* contó con la negativa de su hermano Rafael a que toreara porque consideraba que todavía no estaba preparado. *Joselito* debutó con un traje alquilado que Lugín define con los más lamentables adjetivos: un «traje verde manzana podrida y negro falsificado» (pág. 1561); quedó espléndidamente bien, quizá por la rabia que acumulaba a causa de ir mal vestido.

El siguiente capítulo, “Donde se cuenta una historia con una palabra”, es brevísimo, apenas media página. *Joselito* torea en todas partes con su cuadrilla de *niños sevillanos*, entre los que se encontraba Limeño. El triunfo grande le llega el día 3 de julio de 1908. Y a continuación Lugín explica la frase que da título al capítulo: el vecino de barrera de Lugín, Gabriel de Benito, le dice lo siguiente:

«—*Don Pío* no escriba usted tanto. Con una sola palabra envía usted la reseña de la corrida completa y se ahorra usted el resto de los telefonemas. Ponga usted un ¡*colosal!* con unas letras muy grandes y ya está».

El capítulo cuarto, “El coco”, está dedicado al debut en Madrid, el jueves 13 de julio de 1912. *Lugín* alaba la corrida con expresiones tan desmedidas como las que siguen:

«¡Y qué faena de muleta, elegante, sabia, artística, incommensurable, la que ejecuta con esa muleta monstruo, dominando y manejando el buey como le da la gallística gana!» (pág. 1565).

Donde no estuvo fuerte *Joselito* fue con la espada: cinco pinchazos y un descabello. Acabó en la enfermería con la taleguilla rota y un corte en una ceja por culpa de la espada. Pero eso era sólo lo que se veía. Llevaba también un varetazo en la ingle que le haría permanecer en cama durante dos días. El triunfo de *Joselito* fue sin duda el triunfo de los *Gallos*, lo que le convirtió en figura suprema del toreo. Fiel al ditirambo, *Lugín* sintetiza sus planteamientos en tan sólo dos líneas:

«Señores, ayer se han presentado en el ruedo de la plaza de Madrid unas tijeras de cortar coletas. Yo juro aquí que creo que nos hallamos en presencia de un fenómeno torero ¡palabra!» (pág. 1568).

«¡Ya apareció el Mesías!» (pág. 1569).

El quinto capítulo, “¡A éstos, a éstos!»”, comienza con la alabanza de las grandes dotes de lidiador de José. Al éxito definitivo de Madrid le sucedió el de Sevilla, donde *Joselito* fue llevado a hombros hasta su casa. Y pese a la afirmación de *Don Modesto* de que no estaba *cuajao*, el 28 de diciembre de 1912 recibió José la alternativa en la plaza de Sevilla de manos de Rafael y con toros de Moreno Santamaría. Y tres días después la confirmó en Madrid frente a seis toros de Veragua y dos de

Benjumea de mano de Vicente Pastor, que dio también la alternativa a Vázquez II. Pero el bombismo no cejaba, y hace de todo para enfrentarse a *los Gallos*: inventarse a un torero, Belmonte; subir a los ruedos como figura a Manolo Bomba, hermano de Ricardo; y todo tipo de tropelías en la plaza, incluidas algunas de carácter institucional.

En el capítulo sexto, “¡De frente, marchen!”, se describe primero la Corrida de Beneficencia del 24 de mayo, seguida de



Fig. n.º 4.- Portada de la 33 edición de ‘Currito de la Cruz’, Editorial Sucesores de Gali, 1942, Santiago de Compostela.

otras que son un rosario de triunfos para los *Gallos*. *Bombita*, vencido, anuncia a principios de septiembre de 1913 su retirada.

El último capítulo de la segunda parte, “La despedida te doy...”, hace referencia a esa retirada anunciada, que tuvo lugar el 19 de octubre tras haberse vestido *Bombita* de luces en San Sebastián, Francia, Salamanca, Oviedo, Sevilla, Valencia y Madrid. Dice Lugín al respecto:

«“Bombita”, esclavo siempre del gesto, estuvo muy bien en esa corrida. [...] Y dio en ella dos magníficas notas dignas de la mayor alabanza. Fue una el “sí” de su valentía y la otra el “do” de pecho de ceder los miles de duros que pudo haberse llevado a su casa a beneficio del Montepío de toreros» (pág. 1590).

Por tan magnífico gesto pidió Lugin para él la Cruz de Beneficencia. La retirada de *Bombita* arrastró la de *Machaquito* y con esto y la expresión «¡¡¡Rekikirikí, codio!!!» concluye esta segunda parte.

La tercera y última parte, “El furor de la impotencia, o la casa de Quirós del toreo”, es el apartado más breve; el tema básico es la demostración de que los rivales de *Gallito* y *Joselito* no suponen ninguna competencia para ellos porque practican un toreo inferior.

En el primer capítulo, “¡Torerito, sí! ¡Fenómeno, no!”, se analiza la personalidad de Juan Belmonte como rival de *Joselito*. Ya había dicho Lugin que Belmonte había sido una invención del bombismo y que enseguida le calificaron como un *fenómeno*, a lo que Lugin respondió categórico en una crónica cuyo título coincidía casi exactamente con el título de este capítulo:

«Torerito, sí. Fenómeno, no» (pág. 1594).

Pero Lugin sabía reconocer las virtudes de sus enemigos y señala los méritos de Belmonte sin escatimar elogios:

«¿Y qué había hecho Belmonte para soliviantar así a la gente? Pues había dado unas verónicas colosales, estupendas, eso sí, y algunos pases magníficos y nada más» (pág. 1595).

El título del segundo capítulo, “¿Competencia?...”, hace referencia al hecho buscado desde un principio tanto por aficionados como por la empresa, la competencia entre *Joselito* y Belmonte, algo a lo que Lugin se negaba de forma rotunda:

«Entre *Joselito* y Belmonte no podía ni puede existir competencia —“¿De qué, por qué y entre quién?”—. Y después de reconocer y elogiar “las tres cosas del tío Juan”, concluía que el triunfo había de ser para *Joselito* al final de la temporada» (pág. 1596).

Todo el capítulo está dedicado a reseñar los triunfos de *Joselito* y su sobrada capacidad frente a Juan. Según Lugín, Belmonte era un globo pinchado que se iba desinflando poco a poco.

Pese al título del tercer capítulo, “El rival de *Joselito*”, Lugín va a demostrar que en realidad Belmonte no era enemigo para *Joselito*, con la descripción de cuyas bondades se va a extasiar:

«Si Rafael es la gracia, la serenidad y la armonía, *Joselito* es la juventud.

Aquiles o Sigfredo, su juventud lo anhela todo y se atreve a todo. ¿Hay un dragón temeroso que vencer? Pues él se acerca decidido a la cueva de Fafner, Turco 7¹², y sin que le asusten rugidos ni fuegos japoneses gritará resuelto al portero:

—¡Eh, amigo! Écheme usted “pa” acá todos los gatos y los veintitrés cocodrilos de “Don Modesto”, que me los voy a comer de una sentada». (pág.1603).

«Torea bien de capa. [...] Es de una variedad inconcebible en los quites. [...] Tiene varios de su invención. [...] Torea por largas. [...] Banderillea “como no ha banderilleado nadie”. [...] Y además no hay para él toros difíciles, agrestes ni incomodados. Ninguno se le resiste» (págs. 1605-1606).

¹² Se refiere a la calle del Turco, donde tenía su sede *El Liberal*, el periódico donde escribía su rival “Don Modesto”.

Incluso *Don Pío* va a utilizar un símil literario o mejor dicho teatral —no hay que olvidar que Lugín fue también crítico teatral y musical— para insistir en que Belmonte no podía ser enemigo para *Joselito*:

«Pero, ¡caballeros!, echar a pelear a Belmonte con *Joselito* es lo mismo que comparar una comedia de Eguilaz con *La noche del sábado*»¹³ (pág. 1608).

El capítulo sexto, “Tó seguío, tó seguío”, está destinado a describir cómo *Don Modesto* reconoció lo que era inevitable (sobre todo desde el punto de vista de Lugín), y tras afirmar que *Joselito* era el amo del toreo lanzó un rotundo y expresivo ¡*Kikirikí!*, lo cual provocó una impresión indescriptible entre el gallismo. Al llegar el número de *El Liberal* a Córdoba, donde Rafael toreaba las corridas de feria, uno de sus amigos entró gritando:

«—¡Mira, Rafaé! ¡“Don Modesto”! ¡Ya dise KIKIRIKÍ! ¡Ya jincó el pico!... ¡Viva “Don Modesto”!...» (pág. 1609).

El Gallo dio las gracias por carta al que había sido hasta aquel entonces su contradictor. Lugín continúa rebatiendo una de las invectivas que sus opositores hacían a *Joselito*: que no se arrimaba y que no exponía. Y efectivamente *Joselito* era tan dominador que parecía que el riesgo no existía, mientras que el toreo trágico de Belmonte parecía cabalgar sobre el riesgo:

«El convencimiento de su superioridad fue tal, y el gusto con que el público le veía tan grande, que varias veces, durante sus estupendas faenas, sonaron en la plaza de Madrid voces que le gritaban:

¹³ Es decir, equivaldría a comparar a un autor de segunda (Eguilaz) con don Jacinto Benavente.

—¡José, mata seis tú solo!

El Walhalla con tanto trabajo levantado se había venido al suelo antes de que llegasen a habitarlo los falsos dioses. Los gibichungos estaban completamente gibichungados» (pág. 1612).

Después de narrar una cornada que sufrió Rafael y cómo su hermano José se sobrepuso al terrible dolor de ver moribundo a su hermano y completó la corrida, Lugín cierra este capítulo con la referencia al cartel anunciador de la corrida del 3 de julio de 1914, de la que se ocupará en el último capítulo del libro, titulado precisamente “3 de julio”. En ese último capítulo Lugín recorre desde sus comienzos la trayectoria de *Joselito* y su sabiduría al enfrentarse con los toros. De la memorable corrida que le da título dice:

«pudieron aprender más los aficionados que en muchos años de ver toros» (pág. 1618).

Lugín concluye este capítulo y el libro hablándonos de la cogida que tuvo *Joselito* en Barcelona y lanzando sus más expresivos ditirambos:

«La categoría no es la que confieren los demás sino la que se labra el propio artista.

Y los “Gallitos” son los “Gallitos”.

La significación, la elevación, la exaltación del toreo bello. La barbarie, la repugnancia de la fiesta de emoción y belleza, borrada por el arte.

¡¡Rafael!!

¡¡“Gallito”!!

¡Kikirikí!

¡¡Kikirikí!!

¡¡¡ Kikirikí!!!» (pág. 1622).

BIBLIOGRAFÍA:

OBRAS DE ALEJANDRO PÉREZ LUGÍN¹⁴:

NOVELAS:

- (1915): *La Casa de la Troya. Estudiantina*. Madrid, Librería de la Viuda de Pueyo.
- (26-VI-1921 a 4-XII-1921) *Currito de la Cruz*, folletón en *El Debate* llevaba ilustraciones de Martínez de León. Y (1921): *Currito de la Cruz*. Madrid, Librería de los Sucesores de Hernando, 2 tomos.
- (1928): *Arminda Moscoso*. Madrid, Librería y Casa Editorial Hernando.
- (1929): *La Virgen del Rocío ya entró en Triana*, Madrid, Pueyo.

LIBROS DE CARÁCTER MISCELÁNEO:

- (1911): *El torero artista. Rafael Gómez (“Gallito”) (Apuntes para la historia)*, Madrid, Biblioteca Renacimiento.
- (1912): *De Titta Ruffo a la Fons, pasando por Machaquito. Notas de un repórter*, prólogo de Domingo Blanco, dibujos de Tovar, Madrid, Librería de los Sucesores de Hernando.
- (1914): *¡¡¡Ki ki ri kí!!! Los “gallos”, sus rivales y “su” prensa*. Madrid, Librería de la Viuda de Pueyo.
- (1917): *La Amiga del Rey. Las Tiples. Romanones. La Vicaría... (Notas de un repórter)*, Madrid, Librería de la Viuda de Pueyo.
- (1923): *La Corredoira y la Rúa*. Madrid, Alejandro Pueyo.

¹⁴ Las obras se incluyen por orden cronológico. Sólo se indica el nombre de su autor cuando son obras en colaboración, o cuando aparecen firmadas con seudónimo. Para que la lista no resulte excesivamente prolija, sólo se cita la primera edición de cada libro.

(1923): *Alabanzas de “La mejor ciudad”. Sevilla es un beso de Dios y La cátedra de Sevilla*, Madrid, Pueyo.

(1945): *Obras Completas*, Madrid, Fax.

(1953): *Obras Completas*, Madrid, Fax.

ADAPTACIONES TEATRALES:

Alejandro Pérez Lugín y Manuel Linares Rivas (1919): *La Casa de la Troya*. Madrid, Pueyo. Incorpora fotografías de la representación y unas páginas con la música de las canciones populares.

Alejandro Pérez Lugín y Manuel Linares Rivas (1923): *Currito de la Cruz*. Madrid, Biblioteca Hispania.

COLABORACIONES EN OTRAS OBRAS:

Don Pío (1917): “Prólogo” a Luis Uriarte: *Figurones Taurómacos*. Madrid, Imprenta Española, págs. XIII-XIX.

Pérez Lugín A. (1921): “Epílogo”, en Antonio Parra (“Parrita”): *Joselito: su vida y su muerte*. Madrid, V. H. Sanz Calleja, págs.95-96.

TEXTOS SOBRE ALEJANDRO PÉREZ LUGÍN¹⁰:

Garnelo, Benito (1920): “*La Casa de la Troya de Pérez Lugín*”, en *La Ciudad de Dios*, 120 págs. (págs. 37-47).

Casares, Julio (1921): “Índice de lecturas”, en *ABC* (17-XI-1921). Incluido posteriormente bajo el título “*Currito de la Cruz*, por Pérez Lugín”, en Casares, Julio (1944): *Crítica efímera*. Madrid, Espasa-Calpe, págs.160-166.

¹⁰ Se han ordenado cronológicamente.

- Conde de las Navas (1924, 1925): “Novelas toreras” I a IV, en *Raza española*, (n^{os} 61 a 68) y (n^{os} 81-82).
- Landín, Prudencio (1925): *La paternidad de “La Casa de la Troya”, ante los Tribunales de Justicia*, Madrid, Reus.
- Maeztu, Ramiro de (1926): “Pérez Lugín”, en *El Mundo* (La Habana: 27-XI-1926). Después se incluyó en Maeztu, Ramiro de (1958): *Las letras y la vida en la España de entreguerras*, Madrid, Editora Nacional, págs.161-165.
- Elvira, Celestino (1926): “Pérez Lugín, novelista católico”, en *La Ciudad de Dios*, 147 págs. (191-205).
- Cansinos Assénz, Rafael (1921): “Crítica literaria. Las novelas de la torería, III: *Currito de la Cruz* (novela en dos tomos, 1921), por Alejandro Pérez Lugín”, en *La Libertad* (13-VIII-1926), pág. 6. Fue incluido posteriormente en Cansinos Assénz, Rafael (1936): *Evolución de los temas literarios*, Santiago de Chile, Ercilla, págs.186-193.
- Barreiro, Alejandro (1945): “Pérez Lugín y su obra. Una vida clara, recta y fecunda”, prólogo a Pérez Lugín, Alejandro (1945): *Obras Completas*, Madrid, Fax, págs. 5-17.
- _____ (1947): *La ruta de la Casa de la Troya. Estampas, sugerencias y recuerdos*, Madrid, Emos.
- Caamaño Bournacell, José (1956): “Fondo histórico de *La Casa de la Troya*. La obra inmortal de Pérez Lugín es trasunto de vicisitudes familiares”, en *La Estafeta Literaria*, 42 (5-V-1956), pág. 4.
- Caamaño Bournacell, José (1967): *Ficción y realidad en “La Casa de la Troya”. La historia familiar de Rosalía en la Estudiantina de Pérez Lugín*, La Coruña, Porto y Cía.
- Entrambasaguas, Joaquín de (1959): “Alejandro Pérez Lugín (1870-1926)”, en *Las mejores novelas contemporáneas V*, Barcelona, Planeta, págs. 1-52.
- Lagarma Bernardos, Juan (1977): “Madrileños ilustres. Alejandro Pérez Lugín”, en *Villa de Madrid*, 57, págs. 57-61.

- Nieto Iglesias, José (1982): *¿Qué es “La Casa de la Troya”?* (*Testimonio del hijo de “Nietíño”*), Madrid, Partenón.
- Fariñas Matón, Luis (1991): “La enseñanza y el mundo del derecho en *La Casa de la Troya* de Pérez Lugín”, en *Problemas de la ciencia jurídica: estudios en homenaje al profesor Francisco Puy Muñoz*, Santiago de Compostela, Universidad, I, págs.147-178.
- García-Bodaño, Salvador (1995): “La Compostela Universitaria en las páginas de *La Casa de la Troya*”, en *Gallaecia Fulget, cinco siglos de historia universitaria*, págs. 592-597.
- Cores Trasmonte, Baldomero (1998): *Os senadores da Universidade de Santiago*. Cuadernos de Estudios Gallegos, Anexo XXVI, Santiago de Compostela, Instituto Padre Sarmiento de Estudios Gallegos.
- Girgado, Luis Alonso (2000): prólogo a Pérez Lugín, Alejandro: *La Casa de la Troya. Estudiantina*, presentación de Rodolfo G. de Barthelemy. Santiago de Compostela, Oribethor.
- del Rey Reguillo, Antonia (2000): “Los rótulos, o la disrupción narrativa en *Currito de la Cruz* (1925)”, en *Secuencias*, 11 (1^{er} semestre 2000), págs. 49-63.
- Labrador Ben, Julia María (1999): “Bibliografía crítica de Alejandro Pérez Lugín”, en *Dicenda*, 17, págs. 89-118.
- _____ (2002): “Alejandro Pérez Lugín, de revistero taurino y novelista a corresponsal de guerra en Marruecos”, en *Periodismo y Creación Literaria en el período de entreguerras (1914-1930)*, Sevilla, Universidad – Facultad de Ciencias de la información (en curso de publicación). Conferencia impartida el 7 de mayo de 2002.
- _____ (2003): *La Casa de la Troya (Alejandro Pérez Lugín – Manuel Noriega, 1924). Restauración realizada en 2003 por Filmoteca Española y Centro Galego de Artes da*

Imaxe. [La Coruña]: Xunta de Galicia – [Centro Galego de Artes da Imaxe]. Folleto que incluye textos de Luciano Berriatúa, José Luis Castro de Paz y José María Folgar de la Calle.

_____ (2004): “¿Sabe usted quién fue el autor de la famosa novela *La Casa de la Troya*? Alejandro Pérez Lugín?”, en *La cultura española en el siglo XX. Un proyecto de recuperación*, Madrid, Federación Española de Círculos y Casinos Culturales, págs. 21-26.

_____ : “Pérez Lugín, Alejandro”, entrada biográfica en *Diccionario Biográfico Español*. Madrid: Real Academia de la Historia (en curso de publicación).

_____ : “El primer volumen de *Notas de un reporter* de Alejandro Pérez Lugín”, en , 14 (2006) (en prensa).

